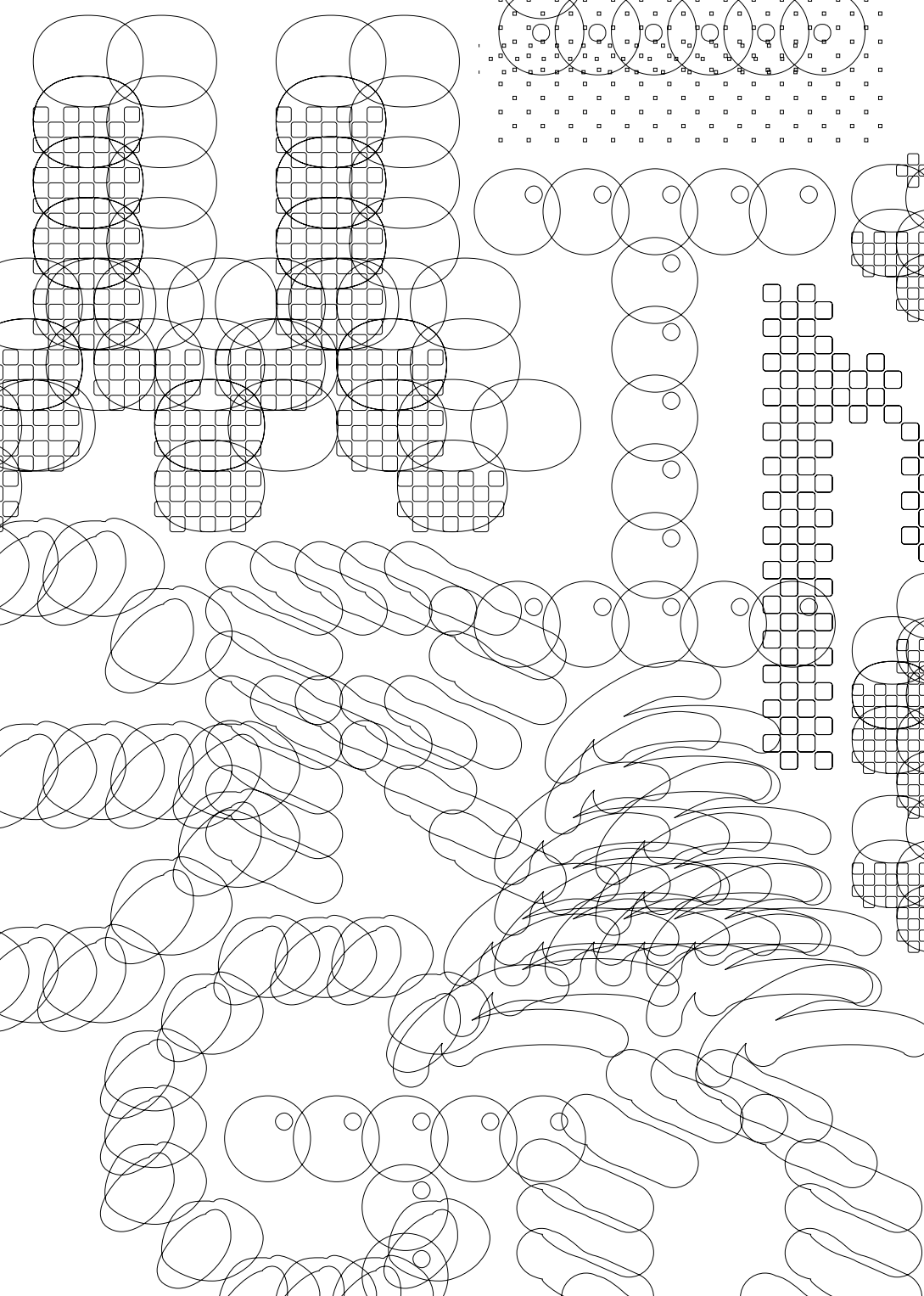


THE
GREAT
MIND



Fricciones

Equipo Plural

Juan Fernando López - fundador y director

María Clara Arias Sierra - curadora

Lorena Serna López - productora

SOLA - Diseño y diagramación

Impresión - Xpress Estudio Gráfico

y Digital S.A.S.

María Camila León - practicante

C.U.N.E.R.A - registro fotográfico

Kelly Johanna Rentería - servicios generales

Participantes

Autores: Jeniffer Fonseca, Cuidado Perro Triste,
Nobara Hayakawa, Silvie Boutiq, Edward Salazar
y Carlos Correa Angulo.

Proyecto de Plural Nodo Cultural apoyado por
el Programa Distrital de Apoyos Concertados
– PDAC 2025.

Plural Nodo Cultural

Cll. 72A No. 22 - 62

Barrio San Felipe, Bogotá D.C.

info@pluralnodicultural.com

www.pluralnodicultural.com

plural SOLA

Proyecto apoyado
PROGRAMA DISTRICTAL de
PDAC apoyos
concertados



INSTITUTO DISTRICTAL DE
PATRIMONIO CULTURAL

BOGOTÁ

THE
WORLD
IS
A
GARDEN

“La lima, con sus estrías, desagua fácilmente cualquier líquido. Al revés, la lija, que es pura pulverización —lo que la hace más flexible y capaz de introducirse en rincones inalcanzables para la lima—, está más cerca del caos y de lo húmedo.”

— Fabio Morábito, Caja de herramientas

FRICCIONES

8

Pequeña estatua del terror

Jeniffer Fonseca

14

Feral de lata

Cuidado perro triste

24

Mamá de Bogotá

Nobara Hayakawa

38

Tinderpausia

Silvie Boutiq

MICROVIOLENCIAS

48

Trastos y trasteos

Edward Salazar

54

**Danza afro: memorias
y huella migrante**

Carlos Correa

Entre la lima y la lija hay una diferencia de ritmo y de tacto. Una pule, la otra erosiona. Ambas transforman la superficie. Ese roce, que desgasta y a la vez revela, atraviesa este libro.

Fricciones reúne seis textos que se acercan a la ciudad y a sus desplazamientos como cuando se pasa la mano sobre los pelitos de una materia viva: con cuidado, pero sin miedo a la aspereza.

Se reúnen aquí escrituras que nacen cuando dos fuerzas se tocan: una que se mueve y otra que resiste. Como los jeans y la piel, como la ciudad y quienes la habitan. Son roces prolongados.

En estas páginas hay cuerpos entre camas, objetos que se disfrazan. Un perro triste en la noche, la Mamá de Bogotá que empuja.

Como en los yipaos descritos por Edward Salazar — esas montañas móviles de trastos y afectos—, cada texto carga con sus propias pertenencias: una lámpara de Jesús, una maleta rota, un deseo archivado. En la escritura de Carlos Correa, el cuerpo mismo es artefacto migrante: una máquina de espera y memoria.

En conjunto, los textos de Jeniffer Fonseca, Silvie Boutiq, Nobara Hayakawa, Cuidado Perro Triste, Edward Salazar y Carlos Correa trazan un desplazamiento donde cada palabra roza otra cosa: el humor, la herida, el recuerdo, el muro, la piel.

María Clara Arias Sierra

JENNIFER



FONSECA

Pereira (1990) Magíster en Artes Plásticas y Visuales de la Universidad Nacional de Colombia y profesional en Negocios Internacionales de la Universidad del Tolima. Jeniffer A.K.A Jenita de Gracia aborda sus conflictos morales en una contraposición constante de emociones y conceptos, una dualidad entre el bien y el mal, lo alto y lo bajo, lo claro y lo oscuro, lo sublime y lo vulgar, lo cálido y lo frío, una escisión profunda, un estrecho abismo entre los opuestos que se atraen. Su trabajo reflexiona sobre lo femenino desde un lugar que está atravesado por la contradicción, el poder, la provocación, el miedo, el deseo, la culpa, la vanidad y el amor. Estas relaciones son reflejo de un conflicto interno que intenta traducir en algo material, de una manera abierta que le dé espacio a los otros de generar sus propias relaciones.

Jeniffer toma imágenes de distintos contextos que forman parte del imaginario colectivo, las enfrenta, las agrupa, las modifica y las presenta para generar relaciones semánticas donde se establecen correspondencias, resonancias y antagonismos, generando así nuevos sentidos. Jeniffer se acerca a la materia plástica a través de la pintura, la instalación, el video y otros recursos que le permiten establecer juegos narrativos con los conceptos que aborda.

PEQUEÑA ESTATUA DEL TERROR

*Tropecé con un cuerpo bajo y sensual
Cuerpo menudo y producido
Cuerpo que descansa y que goza
Aparato quieto y estético
Trasto inservible
Pequeña estatua del terror*

En mi ciudad se alza una forma fálica, de contextura gruesa y dura, que se multiplica por miles y que se extiende a lo largo de todo el paisaje urbano. Me refiero al bolardo, una estructura de baja altura hecha de concreto y piedra, con un alma de hierro en su interior, que se ancla al suelo multiplicándose y formando hileras interminables al mismo nivel de la calle. Aunque los hay de varias formas y tamaños, los más comunes son bajitos y gordos como bultos duros que permanecen ahí puestos, haciendo nada, solo estorbo. Los bolardos se reproducen en serie por toda la calle para dar, así, la sensación de una aparente unidad, pero, sin embargo, esto no se logra porque, aunque algunos permanecen rígidos y derechos, otros se inclinan hacia un lado, o se hunden en el suelo por el peso de su propio cuerpo, o el resto, en cambio, están simplemente mutilados.

Estas masas de cemento son el resultado de la creación de un objeto utilitario combinado con la arbitrariedad estética que anula su practicidad y lo convierte en objeto decorativo de la calle. Son tantos, y están tan juntos que, a veces, incluso, posan encima de los unos de otros, lo que los convierte en un conjunto de protuberancias inservibles, pero que sirven a un solo propósito: adornar el horizonte gris. Aunque fueron diseñados como aparatos para delimitar y controlar el espacio público, terminaron convertidos en ornamentos verticales, con los que uno se tropieza, y que se asemejan más a una estatua, insulsa, pero graciosa. Sabemos que decorar-adornar son sinónimos de embellecer, pero ¿puede un objeto decorar para afeard? Porque el bolardo es duro, rústico y, valga la reiteración, es feo. Al tocarlo se siente frío. Y su superficie, carrasposa, tiene una apariencia desagradable al tacto, que es producto de su material: roca mezclada y colada. Y luego, si uno acerca la nariz al bolardo se da cuenta de que está impregnado de aromas penetrantes, como un revoltijo de chichi de perro con petricor y esterilidad.

El bolardo es el monumento al pene: miles de monumentos de penes estériles y sin nombre (Anti-monumentos, ¿más bien?) en estado de erecto reposo. Penes que emergen del concreto. Verlos en todos lados me recuerda que me muevo en una ciudad masculina e infértil, que me penetra todos los días con sus aromas y su tosquedad. Pero yo no odio al bolardo, ni mucho menos al pene, porque su fealdad, que es la misma fealdad de lo que está mal hecho, a veces me produce gracia y felicidad.



(CONTRA EL TERROR)

¿Cómo ablandar lo duro?
¿Cómo calentar la frialdad del gris?
¿Cómo embellecer la mediocridad?

Cubrir el bolardo
Vestirlo, cuidarlo
Adornarlo, acicalarlo

Afuera es duro
no hay cuidado ni amor
¡qué suerte que esté yo!
¡que pueda vestirlos!
y ya no tengan que vivir así

Cuesta poco poner algo de belleza en el horizonte
luchar contra la vulgaridad de lo insulso
y compartirlo con el otro.

*Mi vida es una lucha contra el gris
y la masa uniforme y acelerada*

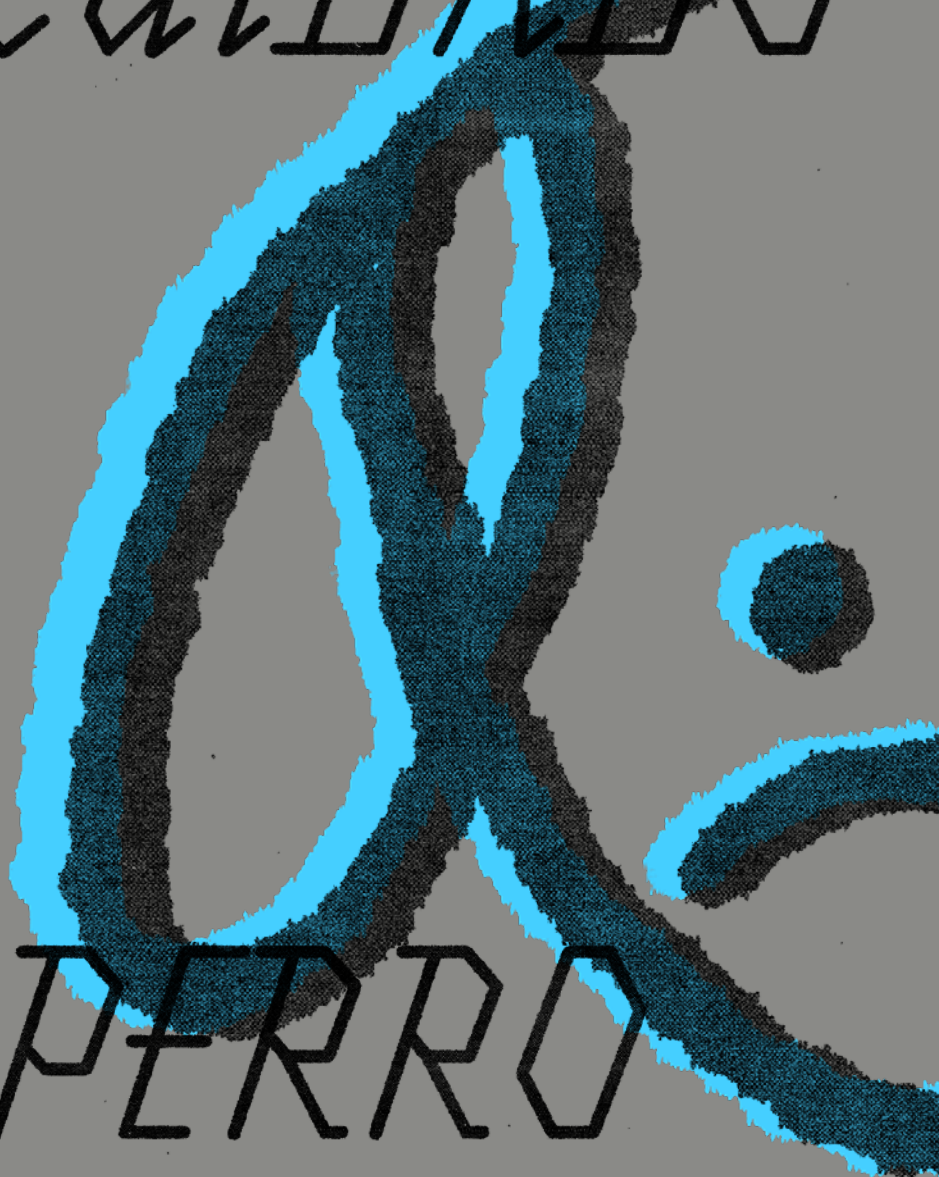
CONCRETO

cemento
coqueto
secreto estéril
cemento
concreto
cemento
objeto infértil
lamento
concreto
concreto
solido amuleto
concreto
monumento
ornamento0
proyecto fértil
perfecto
gris concreto
gris cemento
solido hueco
concreto
cemento cemento
estéril roto imperfecto
todo se vuelve concreto
todo se vuelve cemento
todo se vuelve perfecto
todo se vuelve lamento
cargamento de cemento
todo se vuelve concreto
todo se vuelve completo



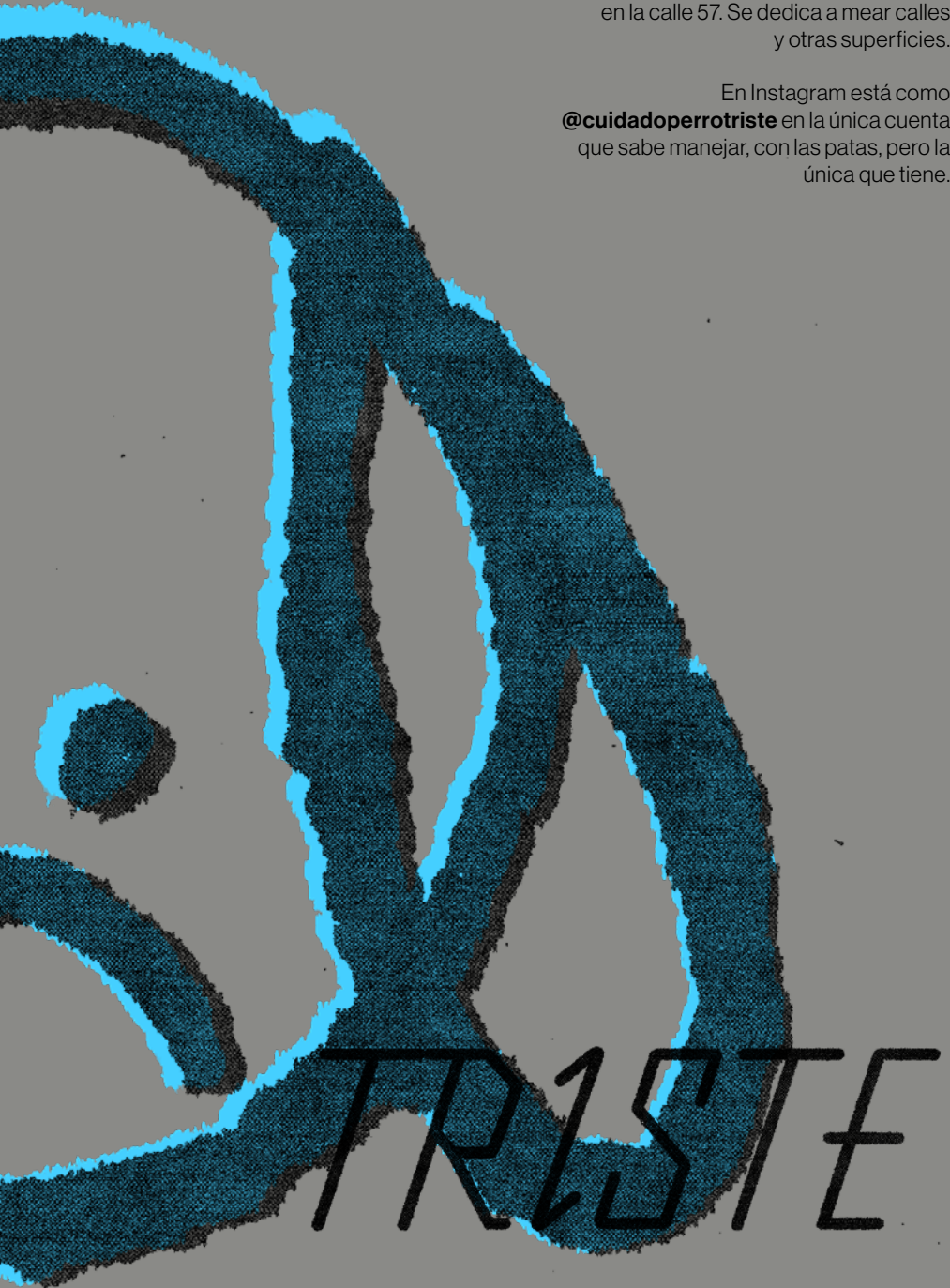
CUIDADO

PERRO



Nació en Bogotá un primero de enero
en la calle 57. Se dedica a mear calles
y otras superficies.

En Instagram está como
@cuidadoperrotriste en la única cuenta
que sabe manejar, con las patas, pero la
única que tiene.



FERAL DE LATAS

Por Cuidado Perro Triste*

Feral: adj. salvaje, ajeno a la civilización.

I.

Las primeras noches no se duerme bien después de hacerlo, el frío agujiorea las garras, seca la saliva, entume la lengua, las primeras noches se camina rápido, se mira para todo lado, cualquier sonido es señal, peligro, se despiertan las alarmas de las casas si el barrio es de bloques, sale el celador, sale el paraco, salen los locos, suenan las latas en la espalda, se agitan con los pasos, se erizan los pelos, el mango a mil, hay nervios de que el vinilo no se desparrame como una fuga de petróleo entre las manos, la ropa, los zapatos.

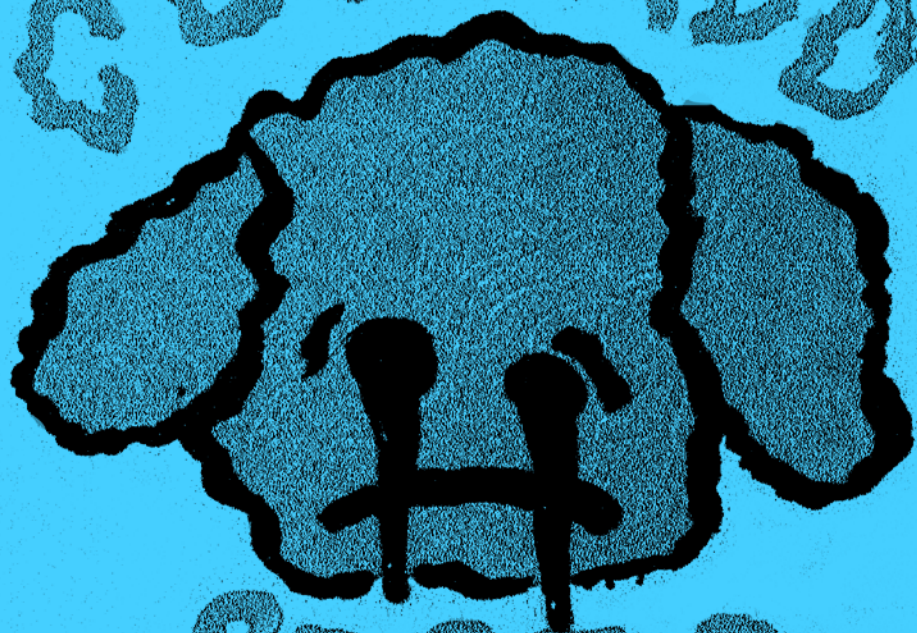
Las primeras noches la sarna en la cabeza pica y pica y solo al sonido PIIISHHHHHHHHHH PISHHH SHHHHH PISHHH del aerosol se alivian las cosas, el sudor luego, un respiro hondo, plon para la levedad, adiós frío, la adrenalina, los muros trepados y tapados, misión cumplida, la ciudad titila en los ojos y las uñas llenas de pintura seca anuncian el fin de la jornada. Se llega a la casa con la salida del sol.

II.

Los perros callejeros son un asunto de salud pública, la tristeza es un asunto de salud pública, la migración es un asunto público, la violencia, pública, pero la ropa sucia se lava en casa, la mugre se mete bajo la alfombra o en un lugar donde no se pueda ver, donde no incomode, así pasó con las decenas de perros que la gente adoptó en la pandemia para tener excusa de pasearlos y tener permiso para salir de sus vidas miserables, luego, cuando levantaron las restricciones agarraron en sus carros y se fueron para Usme, para el cerro de Guadalupe o en cualquier potrero y dejaron abandonados a estos perros. En 2025 van más de 50 casos reportados, el año pasado reportaron más de 150, y aún así las cifras tambalean cuando tenemos en cuenta que no todos los casos de abandono se reportan.



CUIDADO



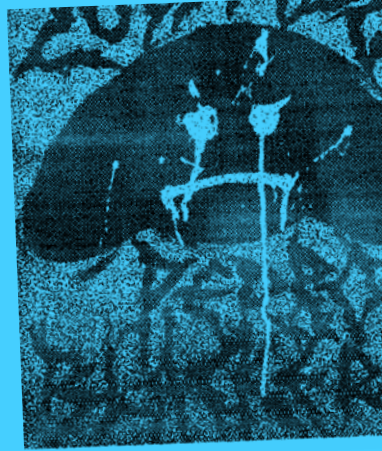
EN CASO DE ESCAPE
LAME URGENTE

SIGADO
PERRO TRISTE
736 3256
732 7638
655 9355

PERRO TRISTE

PERRO TRISTE

Fueron tantos los perros abandonados después de que se levantaron las restricciones del COVID que nacieron jaurías de perros ferales en los baldíos de Bogotá, en los cerros, en los humedales y algunos barrios, camadas de perros salvajes que se reunieron y se defienden a mordiscos, se cuidan, fieros, desconfiados y leviatanes, y, sobre todo, no protegen la propiedad privada de nadie, ni le son fieles o leales a ni chimba. Los letreros de algunas casas, de las fincas, de algunos predios dicen CUIDADO PERRO BRAVO, pero estos perros no cuidan la propiedad, no cargan con la cadena de montaje estúpida del capital que funcionaliza a los animales, son libres, enteramente libres de labores humanas, solo reciben recados de la luna, del hambre o del frío, dueños y señores de sí mismos, de sus pulgas, de sus recorridos sin collar. Y son más peligrosos cuando andan en manada, una jauría de perros ferales puede destrozar a una persona. A estos perros los arrancaron de algún lugar y se vieron forzados a armar cambuche en otro lado, a llevarse la casa a cuestas.



III.

Cuando no hay mucho adelgazo hasta quedar en las puras líneas, cuando hay con qué quedo relleno de color, chueco, pero relleno de color, mi pelaje resplandece entonces entre avenidas y carreras y si alguien pinta de blanco, incluso al fondo se adivinan aún los gruñidos intactos, incluso cuando no salgo hay alguien que replica el ladrido, en Popayán, en Cali, en Italia, para ladrar no se necesita mucho, lápiz, marcador, la calle, es poco, es mucho al tiempo, sobre todo los niños, camadas de crías que están rayando las paredes de sus casas con el círculo y los dos óvalos, niño salvajes,





vándalos del futuro, salven ustedes el planeta de las fauces de los aburridos, de la policía del gusto, ustedes rayen, a donde vayan, vayan con papel y colores y rayen, que nada detenga la sensación del trazo rastrellando sus pigmentos sobre el papel, los colores sobre el gris basalto de la norma.

Con los meses crece la bandada insomne, crece el animalario nocturno: ratas, conejos, serpientes, tortugas, hombres narizones, ojos desquiciados que salen de las cuencas frenéticas, cabezas torcidas, me gusta la amalgama, el bestiario del graffiti bogotano es amplio y generoso, retorcido, invasivo y por eso hermoso, donde cubren una pared nacerán mil formas y estas renovarán el espectro de posibilidades desde las calles, desde sus talleres de serigrafías, sus prints, sus pines, sus gorras, sus lo que sea que hagan, la invasión de graffiti no respeta ni conoce uniformidad.

Del otro lado, aunque hay libertad aparente, hay una ley que no cambia mucho: la de las calles, la barriada, los códigos del rebusque o el hambre, el miedo en algunas situaciones, o el terror que se quiera infundir como en el caso de la puta policía, de la seguridad privada, pandillas. Entre la tomba y la seguridad privada no se sabe cuál es peor, eso sí, entre un par de latas contra una pistola el desbalance gotea resultados diferentes.

Iba de repuntar el inicio de año con un conejo al lado cuando me pasaron de nuevo una lata y ya para esa madrugada del primero de enero fue que el primer ladrido apareció: feo, choneto y simple, los tres pelos que me cobijan, un grafo recién nacido en una calle con los ladrillos raspados, el virus había iniciado su etapa de dispersión, luego, con los años esos ladridos se replicaron en otras ciudades, otros países, en las pieles, en las casas de la gente, en las 108 serigrafías y camisas, y siempre, siempre en las calle porque **la calle sabe cuánto la quiero, cuánto la plagio.**

EN CASO DE ESCAPE
LLAME URGENTE



COMITÉ DE

736 3256 PERU
732 7638 PERU
666 9955 PERU



El arte de ignorar el arte

Se trataba entonces de festejar esa libertad que da la noche para quienes comienzan a entender sus meandros cuando se parcha solo o en jauría, cuando se está solo a gusto con las propias pulgas, incluso cuando la noche se instala en las pupilas y no queda más que andar y andar, aspirar a sorbos ese latido viejo y contaminado de Bogotá, se trataba que reclamaba para mí, como para todos, la noche y la ciudad. Se trataba entonces de repuntar al día con la misión cumplida de haber sobrevivido a la noche hasta que apareció la policía del gusto. No bastaba con escapar de la tomba bolillera sino que ahora refulgía también la tomba del gusto.

Aparecieron los primeros tachones sobre algunos, entre los más recurrentes, el tachar la palabra tristeza ¿Por qué el miedo a la tristeza? el mejor era cuando tachaban el CUIDADO, en un país así cualquier advertencia puede causar terror, enojo, sospecha, no importa, la palabra no es menor, sin embargo ya pude identificar después el nombre de otros sobre el mío, machos sobre todo, hedor a macho territorial y herido, y una que otra hembrita dejando lo suyo, da igual, se sigue meando paredes al antojo, al gozo. Cuando tapaban seguía de largo, buscaba otro lugar y multiplicaba el perro por tres, moverse de donde a uno lo rechazan obliga a buscar un horizonte diferente.

La policía del gusto es la más particular en la calle porque, en un lugar donde, se supone, se rompen varias jerarquías en el marco de la ilegalidad, aparece la corona de lo correcto, de la experiencia, de lo que debe ser rayar calles: las tipografías herederas de la estética hip hop, las alas de ángel, el mural con el rostro de una indígena para que el gringo se tome foto, colores fosforescentes, colombia exótica y vendible distrito

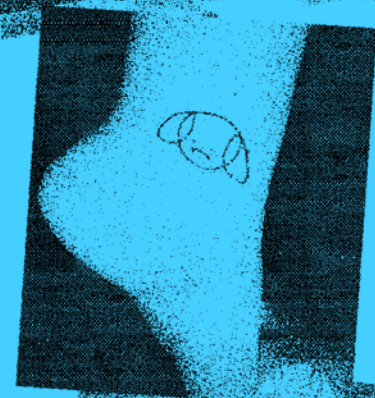




graffiti y turístico, gente afro, emberás o niños migrantes pintada que luego ignoran cuando se la encuentran mendigando en la calle, los bloques de letras angulares, geometrías estiradas o hiperrealismo pareciera la complacencia que no levanta ampolla, el rayón que sí cuenta, la ausencia de juego.

Que este perro sea legible para el caminante, el vago, la vaga, para la oficinista, para el estudiante, para la gomela, para el reciclador, para la profesora, para la cucha del parcero ¡Para los niños!, para cualquiera es mi descanso y mi venganza contra la policía del gusto.

Amigo tomo del gusto ¡Desmovilízate! tu familia y tu amigos te esperan, y si no te espera nadie, ni ni chimba, no importa, no voy a dejar de rayar, y te tendrás que aguantar mis meos breves en cada rincón donde menos lo esperes, yo me divierto, bato la cola, pego brincos, brindo y me recuesto feliz en cualquier poste, amanecerá, recorreré nuevos lugares y probaré otras formas de ladrar, otros materiales.

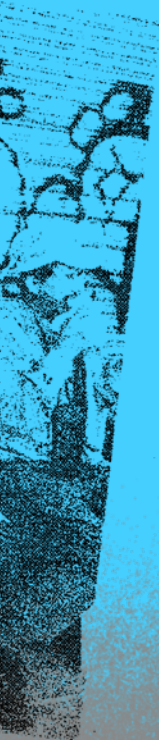


El mal concreto

*Cuando sale la luna
empiezan a brincar sombras.
¡Chas! ¡chas! se siente que hacen al caer.
Y el suelo se puebla de seres estrambóticos.*
Luis Vidales

Después de un tiempo de mear y mear calles, de morder fuerte al policía, de correr del policía, de aborrecer al policía, de ignorar al policía, de volver a odiar a la policía, las camionetas blancas de los paracos, de sobrevivir a los pistoletazos, a las caídas, a las triplehijueputas caídas, al mal concreto con el que se hizo esa mala edificación, después y antes de poner el pellejo y los nervios en el asfalto entiendo otro tipo de reposo real, el sueño justo de una camada de seres salvajes que encuentra tregua en su cabeza, una camada feral con sus latas a la espalda.

Corren los humos y los chorros, vamos palpando las venas de la noche entre las calles, el sonido del aerosol activa los olfatos, necios, tercios, acalambados del frío, seguiremos caminando fuera del andén, la norma, el gusto, la autoridad.



NOBARA



HAYAKAWA

Nobara Hayakawa es hija de dos japoneses que vinieron a Colombia por dos años y se quedaron. Tiene una hija y vive en el campo, a dos horas de trancón de Bogotá.



MAMÁ DE BOGOTÁ

Subida

Vivíamos en lo alto de una colina y solo había dos supermercados relativamente cercanos, en la parte baja de la cuesta. Hice un mercado grande, porque la barriga ya estaba muy pesada, y no quería bajar a comprar cosas a cada rato. Cogí de a tres bolsas en cada mano y apenas salí, empezó a llover. Tan de buenas que justo, de un taxi de esos que llaman zapatito, se bajó alguien. Le pregunté con la mirada al taxista si estaba libre y asintió de manera mecánica. La lluvia arreciaba. Cuando terminé de acomodar el mercado en la silla de atrás y me disponía a subirme, con el pelo ya mojado, me preguntó: ¿Para dónde va? -A la Merced, por favor -le respondí. Ah no, yo por allá no voy. Saqué con dificultad las bolsas (la panza y la rabia se interponían) y le dejé la puerta bien abierta.





Huecos

Tuve que ir por casi un mes al hospital a visitar a mi bebé recién nacida, que terminaba su proceso de crecimiento en una incubadora. Me iba en taxi porque el bus quedaba muy lejos de mi casa y de todos modos caminar ya era muy difícil con el dolor del tajo de la cesárea: la sola idea de ir parada en el bus o de tener que sentarme y volver a pararme y agarrarme con cada frenazo y evitar empujones me parecía imposible de lograr. Me daba terror desmayarme o desangrarme en el Transmilenio. Ya era completamente consciente de que mi vida no era solo mía, que tenía que estar bien para cuidar a mi hija. Pero a veces el taxi tenía malos los amortiguadores, o el chofer estaba de malas pulgas y manejaba brusco, o simplemente cogía cada hueco con la indiferencia de quien maneja un carro ajeno que de todos modos no le alcanza para pagar sus deudas, así que, cada día, durante los recorridos de ida y vuelta, aguanté el dolor mientras rezaba para que no se fuera a abrir el tajo en el siguiente hueco. Gracias, señor, que tenga buen día.







Parque

Hay que salir de la casa de vez en cuando a tomar aire, para no seguir viendo las mismas paredes y las mismas ventanas. Se puede uno chiflar en la soledad del cuidado de un bebé. Los fabricantes de coches poco saben de andenes bogotanos, que se parecen más a lo que uno imagina de la superficie lunar. Cuando uno empuja un bebé en coche tiene que estar alerta a muchas cosas: carros, bicicletas, andenes invadidos por otros carros, perros, charcos, y todo ese excremento, humano y animal, que pulula en el camino al parque. Debe ser imposible andar en silla de ruedas por Bogotá, y en verdad creo que nunca he visto una en la calle, a excepción del mendigo de la autopista al que le faltan las dos piernas y tiene consigo un gato, que le garantiza todas las limosnas. Quedaba cerca, el parque, pero era una zona más bien ruda. En el pasto había trozos de botellas rotas, más mierda, colillas, humanos solitarios durmiendo después de una larga noche errabunda, o grupos de jóvenes y no tan jóvenes fumando algo de olor acre, más cercano al ladrillo molido que a la hierba. Daba una vuelta breve y regresaba al encierro, con el alivio de estar en la seguridad de la casa, y la tibia satisfacción de haber logrado salir.



Arnés

Hay una edad en la que las piernas de los niños van a donde se fijan los ojos, ignorando lo que pueda aparecer en el medio: esquinas puntudas, popó de perro, motocicletas, alcantarillas abiertas. En ese trastabillar de aquel que recién aprendió a caminar, el placer más grande está en la velocidad, y el regocijo en la huida de los brazos que protegen y luego atrapan. El nuevo corredor no conoce el pánico de quien lo sigue, cuyo miedo a la muerte se instala desde el momento de la concepción, miedo que se exagera con la confianza absoluta con la que se lanzan al mundo los niños que ya caminan. No corrías tan rápido que me descosiera. En el afán se olvidaba uno hasta del tajo, que ya era una cicatriz que ardía y picaba, sobre todo en luna llena o si iba a llover. Entonces compramos un arnés, con una correa no muy diferente a la de los perros, para que pudiera correr pensando que era libre, cuando en verdad la teníamos bien amarrada.





Park

Descubrimos que los parques del norte estaban más limpios y tenían vigilancia. Estaban llenos de nanas mirando el teléfono o hablando entre ellas, y de señoras extranjeras con el mismo rictus miedoso de uno. Si vieras el Parque Nacional, amiga. También había más perros, todos de raza fina y probablemente más costosos de mantener que los mismos niños. Muchas mamás dejan a sus hijos en una guardería o con familiares, y se van al trabajo. Las que elegimos cuidar a nuestros hijos, por neurosis y porque tuvimos la opción, atravesamos las horas que no pasan, el estado permanente de alerta, el tedio de vigilar cada movimiento y al señor ese raro que siempre se sentaba en una banca a mirar a los niños. Al menos el aire estaba un poco menos contaminado y el pasto estaba bien cortado. Mira mami, mami, mira. Luego tocaba volver al centro y bañarse, porque cuando uno sale a la calle llega todo untado de hollín en la cara y el cuello, si es adulto, y de arena entre los pies, si es niño. Cómo será vivir en una ciudad sin miedo. Cómo es que fue crecer sin él.



Insomnio

Antes de ser mamá y tener esposo era profesora en la Javeriana, a la que me iba a pie desde la Macarena. Hacía mis cosas y aceptaba todo tipo de trabajos freelance. La plata no me daba para ir a conciertos, pero pude hacer un par de viajes importantes. Tenía una mesa prestada con un computador que pagué a plazos en el que trabajaba y veía cosas por Cuevana, dormía en un colchón sobre el piso en el que leía hasta tarde, y no sufría de insomnio. Ese llegó con la maternidad. Aunque mi hija salió de la sala de neonatos entrenada en una estricta rutina del sueño y la lactancia, mi cerebro se escindió y mientras una parte trataba de dormir, la otra estaba alerta ante cualquier sonido. El sueño, al contrario que mi cuerpo, se adelgazó y se quebraba con cualquier suspiro, llanto, ronquido, exosto, moto o grito nocturno de los tantos mendigos que transitaban la carrera quinta para bajar al parque. Desde la madrugada, el ruido de los buses del colegio que quedaba al frente era tan estruendoso como pungente el olor de sus humos, y si no era el colegio el que iniciaba una obra de remodelación, era el edificio de la fiscalía del lado, o algún vecino. Era imposible echarse una siesta durante el día, así que los recuerdos de esta época están borrosos, como sumergidos bajo una gruesa capa sonora que hacía eco en la bruma de mi cuerpo agotado, que nunca dormía a profundidad y por eso tampoco estaba despierto del todo.





Rural

Ensayamos vivir en un pueblo. Resultó que el trancón era peor, el mercado era más costoso, el arriendo más alto y los servicios también. El apartamento tenía vista a una montaña, pero en seis meses construyeron una torre de espejos azules que nos impidió verla. Es un pueblo que, como tantos otros, muy pronto será un barrio más de Bogotá. Ahora vivimos en el campo y vamos a la ciudad cuando toca: citas médicas, compromisos laborales, encuentros sociales, y el ocasional cine. Las noches son muy silenciosas y tardé mucho tiempo en entender la extrañeza, en los momentos en los que el motor de la nevera deja de ronronear. Cuando vamos a Bogotá, vemos con asombro la veloz transformación de la ciudad y sentimos añoranza por la vida urbana, por las tiendas de barrio, por la cercanía de todo y por esa vibración particular de tantas vidas en el mismo espacio. Pero luego de dos horas metidos en los trancones, de subir el vidrio en los semáforos y gesticular que no tengo monedas, no quiero vivecien, no quiero comprar chontaduros, perdón, gracias, sentimos el sosiego, que es lo más cercano a la idea de la felicidad, de volver a la vereda, para que Bogotá siga siendo una fantasía, y no la realidad cotidiana.

SILVIE



Silvia 60 ✓



Quinceañera menopáusica que le gusta bla bla bla.No estoy buscando cocinero.

Solo tragos de más de 28 grados.

1993: Me acosté con León Tovar 😊

Free Palestine !!! 🇵🇸 🌐

TINDERPAUSIA:

En ese momento de mi vida se juntaron dos cosas que en otras circunstancias habrían sido fatales: menopausia y pandemia. Pero para mí fueron lo mejor! Ya les cuento porqué: pues contra la menopausia se ejerce un tipo de violencia, porque se la muestra como algo horrible y a lo que hay que tenerle miedo y no es así para nada! Fue la mejor eta-

BOUTIQ

pa de mi vida; me volví una quinceañera nuevamente, dentro de la mente de una mujer madura y con experiencia, un cóctel que resultaba muy atractivo para los jóvenes entre 25 y 40 años, que eran los de mi principal interés.

Los buscaba por Tinder.

Nunca me imaginé que iba a poder estar con tantas nacionalidades diferentes y en plena pandemia y sin verme de chápinerero.

Tinder es un buen sistema para acceder a cualquier

nacionalidad, la migración
ya no es un problema.
Y con la ayuda de Airbnb,
se pueden hacer maravillas!!!
Fueron tantas y tantas y tantas
que ya hay muchos que no re-
everdo. Y acompañados de
alcohol y weed, pues imposible!
En todo caso, ahí les dejo mi
experiencia para que vean
que la menopausia no es co-
mo la pintan, sino un momen-
to pasajero de la vida que no
hay que ~~no hay que~~ desperdiciar, por-
que se le puede sacar un
enorme provecho. caránme!



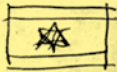
Australia

Johnny (35 años) era un machote harlysta que andaba con una maletita de Hello Kitty en la espalda.

El día que nos conocimos, le regalé un pastillero de Hello Kitty y a cambio le pedí un beso. Él se emocionó mucho con todo: con el regalo y con el beso. Y ese beso fue el inicio de mi aventura australiana, que fue bastante divertida, la verdad.

Fue corta, pero sustanciosa.

Después me lo encontré en un bar de mala muerte con una chica trans. Supongo que ya tenía ganas de algo menos heteronormativo. Y yo siempre me acordaré de ese pelirrojo gigante y malandro que andaba con su maletincito de niña juiciosa.



Israel

Uri: 4 de enero 2020

Mi primera Tinder fue un israelí. Hoy en día sería poco probable, a menos que fuera Pro-Palestina. Cuando llegué al Airbnb me estaba esperando afuera y cuando subimos, no podía abrir la puerta y se empezó a poner de mal genio. Yo estaba muy nerviosa por ser mi primera experiencia con un extranjero de 23 años. Pero de repente se me salió la intrépida y le propuse que nos fuéramos a tomar unos guakitas. ¡Santo remedio! El man se fue calmando y el ambiente se fue calentando mientras llegaba el dueño a abrirnos la puerta. Lo cual era un milagro a principios de enero. Finalmente, logramos entrar al apartamento y pasó lo que tenía que pasar. Y estuvo bien. Nada extraordinario. Pero fue un buen inicio para mi nueva vida desenfrenada y sin marcha atrás.

Me contó que se quería casar para quedarse a vivir en Colombia.



Venezuela

Chris (30 años).

Después empezó la pandemia y se complicó todo, como ya bien saben. Pero eso, precisamente lo hizo más emocionante.

Chris fue un músico venezolano con el que logré cuadrar una cita clandestina en mi casa. No les cuento el miedo!!!

Me dijo algo así como: - voy a subir caminando (reuerden que todas las calles estaban desiertas y estaba totalmente prohibido salir de las casas).

Yo estaba preocupada porque se estaba demorando más de lo previsto. Después me contó que fue por ir a buscar condones.

Finalmente llegó y todo salió muy bien.

Me contó que vivía con su mamá y que le preocupaba mucho pasarle el covid, pero que las ganas le pudieron! Así pasa a veces!



Italia

No recuerdo su nombre. Tenía unos 30 años. Era piloto o copiloto. Muy guapo y muy simpático.

Cuando llegué al Airbnb, nos pusimos a hablar y a tomar. Y cuando ya había pasado mucho tiempo, le dije que me iba (yo siempre esperaba a que ellos dieran el primer paso porque con la diferencia de edad, yo no quería ser la lanzada, sino que quería que me tuvieran ganas de verdad verdad) y el man me invitó a dormir... y bueno! Que felicidad de noche! Me trató super bien y la pasamos delicioso.

Me contó que había venido a Colombia, porque un colega suyo era colombiano y lo invitó.

Menos mal para mí: me quedó un recuerdo maravilloso de ese italiano de paso por Bogotá.

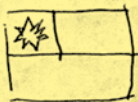


Argentina

Alejo (42 años)! mi novio moribundo virtual. Cuando empezamos a hablar estábamos en plena cuarentena. Él en BsAs y yo en Bogotá. Y como yo andaba haciendo mis travesuras, él me pedía que le contara todas las historias con "pelos y señales".

- Quiero más! Me decía siempre. Gozaba mucho y se la pasaba muy agradecido conmigo. Él también me mandaba muchas fotos y videos. Le encantaban las cucas.

Tuvimos una larga relación (🤔) de intercambio de experiencias locas y desenfrenadas. Siempre lo recordaré como el caballero perverso, porque bien perverso sí era!



chile

Francisco (33 años): ay, Francisco! (suspiro), el hombre más maravilloso que conocí en este recorrido por el mundo a través de mis caderas. Que hombre tan hermoso, tan perfecto! Todo en él era lo mejor de lo mejor. Ese temperamento, esa personalidad tan dulce, tan humilde! Un excelente amante!

Me hizo sentir como una reina! Si pudiera dar una valoración, sería de 10/10 o más. Nunca lo olvidaré.

Tan tierno, que el día de la madre me llamó e hicimos sexting de película.

EDWARD



SALAZAR

Edward Salazar Celis es candidato a doctor en estudios latinos y latinoamericanos por la Universidad de California, Santa Cruz (USA), escritor, investigador y crítico cultural especializado en diseño, moda, indumentaria, cultura material y culturas visuales en las Américas. Es autor del libro *Nostalgias y aspiraciones sobre vestir y fotografía en las clases medias bogotanas*, y editor y autor de *Estudios de la moda en Colombia*. También es autor de numerosos artículos académicos y ensayos para medios culturales publicados nacional e internacionalmente en los que ha abordado temas como cultura popular, historia de la ruana, estéticas disidentes, archivos y museos, diseño latino y latinoamericano, colonialidad y poder, crítica de artes, entre otros.

Instagram: **@elpintordelavidamoderna**

web: **edwardsalazar.com**

Trastos y trasteos

Edward Salazar Celis

Hace tres años me fui de Bogotá. Habitar un lugar es también dejar de vivir en él. Mudarse a otro país no solo supone separarse de personas y paisajes, sino también de los objetos que no caben en la maleta. Libros, porcelanas, ropa, sillas, matas, cuadros, mesas, platos, cucharas, tarros, pinzas, agujas: una lista interminable de cosas grandes y útiles o pequeñas y decorativas—estas últimas, quizá, las más difíciles de gestionar. Para quienes nos aferramos a los objetos, atraídos por el magnetismo de su apariencia y de sus memorias, desprendernos de ellos implica un pequeño duelo por cada cosa inventariada, perdida o reencontrada en medio de la mudanza. También queda la alegría de saber que este movimiento, a diferencia de otros guardados en la memoria familiar y colectiva, no nace de la violencia ni de la precariedad, sino del deseo propio. Un pequeño triunfo.

La imagen de las cosas acumuladas me recuerda los viajes de la infancia a Calarcá, Quindío, la tierra de mi madre, cuando en las ferias del pueblo salían a desfilar los yipaos. Carros Jeep Willys de los años cincuenta atiborrados en el techo con objetos domésticos que conforman una montaña de cosas viejas cuidadosamente dispuestas y amarradas, generalmente coronadas por un cuadro religioso, casi siempre del Sagrado Corazón de Jesús. Hay carros que incluyen racimos de plátano verde, gallinas y patos, camas y armarios, fotos de la familia que simula una mudanza campesina. La gracia de los yipaos especializados en trasteos es que balancean el peso de la pila de trastos hasta lograr que el carro se pare en las dos llantas traseras, mientras logran desplazarse algunos metros en el pavimento en senda acrobacia de humo y llantas quemadas.

En la casa de mi mamá en Bogotá, solía haber una porcelana del yipao, pues era uno de los objetos que la conectaban con

el pueblo del que migró a sus veintitantos años. Años después, cuando mis padres se mudaron fuera de la ciudad porque los precios y los pocos metros cuadrados de la vivienda en Bogotá eran insostenibles, el yipao ya no estaba en el inventario de la mudanza familiar. Estaba muy dañado, desportillado, con los objetos del trasteo miniatura perdidos y todo su brillo acabado. A su nuevo barrio, una serie de conjuntos de apartamentos recién hechos para la clase media que se resistía a vivir en escasos metros pero que no podía pagar los precios del mercado inmobiliario, se mudaron muchas familias que conformaron otra Bogotá en la periferia de la capital.

En mi último trasteo, el inventario de los objetos acumulados había crecido enormemente. Años antes, cuando salí de la casa de mis padres, la lista de mis posesiones era reducida. Todo lo que tenía cupo apenas con algún esfuerzo en el carro de mi padre, que se convirtió en un yipao en la ciudad. Él se despidió triste, quizás preocupado por la poca cantidad de cosas con las que iniciaba mi vida en independencia. Al salir de Bogotá, mi preocupación era qué hacer con todo lo adquirido durante esos años de movimiento en la ciudad de un barrio a otro, de un apartamento a otro, de cambio de estado civil que multiplicó el número de cosas.

Aunque no soy creyente pero sí fan de las derivas estéticas del catolicismo popular, cuando me fui de Bogotá también tuve que despedirme de varios objetos religiosos que había atesorado: una lámpara pequeña que se pegaba a la toma de la luz con la cara de Jesús, dos rosarios que brillaba en la oscuridad, una porcelana de un ángel abrazando una rosa, una gorra del divino niño. Esos eran los equivalentes miniatura del cuadro del sagrado corazón de los Jeeps de Calarcá. De todo me pude o me tuve que despedir, menos de la gorra, que viajó conmigo a mi nueva vida en Estados Unidos pues en últimas era un objeto pequeño, sencillo de transportar.

Por eso, más que de los muebles, de la lavadora, la nevera, el televisor recién comprado, y de todas las cosas grandes y útiles, cuesta despedirse y saber qué hacer con las cosas mínimas. ¿Qué se hace con la maraña de cables y cargadores que ya no se usan? ¿A quién le dejo el tarro del azúcar? ¿Quién querría quedarse con mi móvil de delfines azules de plástico que colgaba encima de la biblioteca? ¿Quién cuidará las porcelanas de gatos y flores? ¿A quién le interesa una lámpara de Jesús? Incapaz de abandonarlas o venderlas, heredé mis pertenencias a las personas más cercanas, encarté a mi familia con mis insignificantes propiedades, y guardé en cajas pequeñas las cosas inútiles pero amadas que no pudieron viajar conmigo. Las embale con cuidado, las atosigué de papel y cinta, esperando que cuando regrese, en cinco o quince años, ellas me esperen y me recuerden como yo las recuerdo. Tanto cuidado, tanta dificultad para dejar de lado los trastos, son la afirmación de que las cosas y la casa siguen siendo el refugio de la memoria y del corazón. De que las cosas están vivas.

Antes de la llegada de los invasores españoles, la cultura Moche del actual territorio del Perú representó en murales y cerámicas asociados a eventos ceremoniales un tema conocido como “La Revuelta de los

Objetos". En la Revuelta, los artefactos cobran vida y se levantan contra los humanos. Adquieres brazos, piernas y cabezas antropomorfas para castigar y revelarse contra los usos violentos que los humanos hacen de las cosas, especialmente las armas, y con ello ponen en crisis la separación entre lo vivo y lo muerto, enfatizando en la agencia y vitalidad de las cosas. Los objetos son creaciones, seres, y no solamente producciones funcionales, y por ende los humanos debemos construir una relación significativa con ellos. Creo que en nuestro tiempo, ante la abundancia de los objetos que se compran y se abandonan, la visión Moche adquiere una vitalidad absoluta.

¿Cuándo retornaré a mis cosas? ¿Cuándo las juntaré con todas las otras que he acumulado en Estados Unidos? A veces pienso que nunca, que no quiero volver, que no extraño nada, que prefiero habitar mis objetos en el recuerdo. Otras veces, cansado y confundido, pienso en el regreso, en hacer una casa en la tierra conocida de la que también me traje sus males inscritos en el cuerpo. De Bogotá también me llevé el miedo al robo, que es en últimas el temor a perder los objetos y quizás la vida. Al bajarme del primer bus que tomé en mi nueva ciudad en California, no podía dejar de voltear la cabeza y mirar para atrás. Tenía miedo de que me robaran, de perder y tener que comprar el celular o la billetera de nuevo. El cuerpo se educa en los ritmos de la ciudad, y aprende a defenderse cuando nos sabemos parte de una ciudad hostil. Tampoco idealizo California, este lugar en el que muchxs no somos bienvenidos, en donde migrar es sueño y pesadilla, pero al menos en este pueblo costero que se llama Santa Cruz ya no tengo que mirar para atrás y agarrar mi bolsa con fuerza.

La sociología de Tik Tok dice que a lxs millenials nos gusta comprar cosas porque nunca podremos comprar una vivienda. O que viviremos eternamente en apartamentos diminutos y en arriendo pues la generación de propietarios se va reduciendo. Por ello, para quienes no heredan o no ganan lo suficiente o son desplazados o están hartos y pueden o tienen que mudarse, el habitar es movimiento. Es ir de un país a otro, de un roommate a otro, de un barrio a otro mejor porque la cosa pinta bien o a uno más económico porque las circunstancias apremian. Trastearse en el arriendo es vivir con las cajas de cartón debajo de la cama. Y aun así, en el poco espacio y el precario futuro, perseguimos los objetos. El deseo por las cosas resiste el minimalismo, reniega de la simplificación de la vida y el encogimiento del espacio, al tiempo que amenaza con un mundo repleta de basura fugazmente amada.

Resisto a la idea de lo mínimo, al objeto como cosa desechable. Pienso en el trasteo como una acción y un repertorio vivo. Aun en las circunstancias más complejas de movilidad o desplazamiento, nos apegamos a las cosas. Por ello habito el deseo de lo propio. Ante la importancia de la vida material y de la memoria —y en contra del lugar propio como algo exclusivo de las élites—, el escritor turco Orhan Pamuk señaló que el futuro de los museos se encuentra en nuestras propias casas. El futuro es el archivo individual y familiar repleto de detalles, cosas e incidentes que se contraponen a la memoria oficial. Por eso trastearse es el momento de inventario del archivo personal.

Sueño con seguirme
trasteando, pero también
con una casa. Sueño con
convertirla en un museo
del futuro.



CARLOS



CORREA

Carlos Correa Angulo. PhD Antropología Social. Fellow en el AfroLatin American Research Institute – ALARI, Harvard. Research Appointment en la escuela de ciencias sociales de la Universidad de Manchester, UK. Sus líneas de investigación son el racismo, los procesos de racialización, la movilización de la cultura entre las poblaciones afrodescendientes y las prácticas artísticas antirracistas.

Actualmente es coordinador de curaduría del Museo Afro en el Museo Nacional de Colombia. Ha publicado varios cuentos cortos en revistas literarias en México. Amante de la poesía y el canto.

Instagram: **@pedro_petrucci57**

Danza afro: memorias y huella migrante

Pedro Petrucci

Escena 1:

2002, mayo 2. Municipio de Bellavista, Bojayá. Tras 3 días de enfrentamiento entre la Guerrilla de las FARC, frente 57 y grupos paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia del bloque Hermes Cárdenas, la población civil se refugia en la iglesia porque “la iglesia es la casa de Dios” y ahí estarían seguros. La guerrilla de las FARC incrementa su defensa militar del territorio que llevaba controlando desde hacía años. Los paramilitares que habían llegado 10 días antes para retomar el control de la zona, ven diezmado su poder militar y empiezan a replegarse por algunas zonas del pueblo hasta llegar a la iglesia.

La guerrilla proclama que está retomando el control y empieza a lanzar varias pipetas explosivas en dirección a la iglesia de Bellavista, tras los muros de la cual los paramilitares se ocultaban y usan a la población civil de escudo. Unas 200 personas refugiadas en la iglesia cantan alabanzas y hacen rezos; proclaman fuertemente “somos población civil”. Se escuchaba el estruendo de las balas, el silencio imprimía una pausa, para después retomar con más fuerza las explosiones de metralla. La guerrilla incrementaba su ataque y empezaba a lanzar pipetas de gas con explosivos de un alcance destructivo mayor y terrorífico. Podían apostar el triunfo. Finalmente, una de las pipetas entró por el techo de la iglesia y explotó apenas tocó el piso. Hubo llanto, pavor y muerte. 79 personas murieron de forma fulminante, mujeres y niños. Este era el inicio de una tragedia anunciada que se extendía como fuego voraz que abrasaba con sus llamas inclementes comunidades negras que encontraba a su paso. Niños y mujeres huían hacia la capital en busca de refugio, algunos río arriba, otros río abajo. El río traía cuerpos, murmullos de angustia, la muerte bogaba en sus aguas. Otros municipios cercanos a Bojayá sufrieron una suerte parecida.

La gente huía por el río para buscar refugio al enterarse de lo que sucedía río arriba, en Bojayá, y en corregimientos como Bellavista, Vigía del Fuerte y aledaños. Municipios como Bagadó también sufrían la inclemencia de la sinfonía terrible de las balas que penetraban en los ladrillos de las casas, los tejados, los árboles, los utensilios de la cocina. La noche era una bóveda de muerte, fría y oscura.



Remanso. Soledades Compartidas en tiempos de pandemia.
Yeison Moreno Córdoba

Escena 2:

“yo veía las balas, como estrellas fugaces, atravesar el cielo”

Anónimo

Años después, lejos de las balas pero aún con el frío de la noche anidando en el pecho de la memoria, Khampe, el bailarín, sueña que está en el agua, en el río de su infancia (Tío Andagueda). Venía bajando, arrastrado por la corriente enfurecida que se llevaba todo a su paso. Era como si sus aguas no fueran las mismas en las que él se había bañado tantas veces. Entonces su madre apareció en un lugar seco, a un lado del río, y con voz calma y señalando hacia un lugar le dijo: “allá, en ese remanso”. Khampe nada y se pone a salvo.

Despierta. Es ahora un cuerpo solitario y confinado. La pandemia del COVID-19 ha despertado en él otras formas de confinamiento que no solo retienen el cuerpo en la mudez del miedo al contagio, sino que también retienen de él algo más, algo que todavía necesita sanar. Las paredes del cuarto, rojas del color de ladrillos sin pulir. Ropa cuelga de los ganchos. Dos cubetas grandes de agua, una junto a la otra, un rayo artesanal para estregar las ropas en el río, utensilio valioso de las lavanderas chocoanas en el Atrato, una silla desprolija y su cuerpo con el torso desnudo son todos los elementos que conforman la escena. El bailarín mueve los brazos, se retuerce y gime en silencio. El ritmo monocorde de una melodía de pianola llena toda la habitación de un olor a esperanza extraño que se impregna en las ropas.

El solo de danza “remanso”, interpretado por el bailarín Yeison Moreno Córdoba en medio de la quietud de su cuarto tras una pequeña cámara de video que intenta capturar sus movimientos y nos sumerge en su interpretación, es una huella de la memoria migrante que lleva en cada movimiento la danza. Danzar es un acto de memoria viva que usa el cuerpo, el movimiento y el espacio como medios para materializarse, nacer a la existencia en un gesto que lucha por ser algo más que un paso y se vuelve lenguaje encarnado de duelos, soledades y resistencias.

Durante la pandemia de Covid-19, la compañía de danza Sankofa Danzafró de Medellín, conformada por jóvenes negros que en su mayoría provienen del Pacífico colombiano, se ha ganado una beca de estímulos para la crea-

ción del Ministerio de Cultura. Cada bailarín escribe una carta personal y socializa con el grupo aquellos aspectos que desee compartir.

Después de eso, cada uno de ellos y ellas lleva esa carta, escrita en el lenguaje de las palabras, a una exploración de danza, otro lenguaje más visceral; el del sudor, el llanto y el cuerpo que recuerda.

Remanso es el título que Khampe le ha dado a su exploración: un solo de danza afrocontemporánea que surgió de la explotación de sus memorias, esas memorias que se volvían danza en el cuerpo. Madres que ya no están, una noche oscura donde las balas surcaban el cielo de Bagadó, gritos de horror, un niño pequeño aferrado a la mano de la madre que huía para ponerlo a salvo. Filas interminables para pedir refugio en una ciudad en medio de la selva que se sentía tan distinta y semejante a la vez. El llamado a lista para poner en la casilla donde dice firma, la palabra desplazado y otra para escribir familia migrante¹.

Escena 3:

El lema del Plan Nacional de Danza (2010-2020) del Ministerio de Cultura de Colombia era “Colombia, un país que baila”. Las distinciones entre danzar y bailar son sutiles y pueden derivar en discusiones álgidas en las que la técnica, la intencionalidad, las destrezas, la formalización y el estudio pueden marcar algunas de esas diferencias².

Lo cierto es que Colombia es un país que celebra su diversidad en los ámbitos de su cultura, entendida como la expresión del espíritu de los pueblos. Alrededor de la danza y el baile, los sentidos de jolgorio, regocijo, risas y alegría son comunes tanto entre bailarines como entre espectadores. Menos frecuente, sin embargo, es pensar en la danza no como una celebración —de la vida y su heterogeneidad— sino como un documento de memoria viva, memoria a veces dolorosa, atravesada por el desplazamiento, la migración y la muerte.

¹ Remanso. Soledades Compartidas en tiempos de pandemia. Yeison Moreno Córdoba

² Raúl Parra Gaitán. Revelaciones: Un siglo de la escena dancística en Colombia. IDARTES. 2000.

Entre los pueblos afrocolombianos existen más de 300 danzas negras, aunque las estimaciones son difíciles de hacer. Cada una de esas danzas es un documento vivo y un saber encarnado que cuenta las historias silenciadas del pueblo negro. Por otro lado, el conflicto ha dejado un sinnúmero de víctimas cuyas estimaciones se pierden entre cifras oficiales y números abominables que nadie se atreve a pronunciar. La danza negra es un acto de resistencia porque nos muestra cómo la vida entera de comunidades, familias y pueblos afrocolombianos ha resistido los embates sistemáticos de la muerte, hecha política de Estado, el racismo y la desigualdad más rampante de todas. Cuando un cuerpo negro baila, lleva en el movimiento la huella que migra con él y sus ancestros, una huella migrante que se resiste a perecer confinada en los registros del olvido. Entonces se vuelve lenguaje encarnado, gesto rutilante, contorsión súbita, quejido mudo, zapateo sofo-cante, ondulación sudorosa.

Se dice que “pensar en la danza nos exige siempre volver a lo que nombra-mos y avivar sus significaciones”³. La danza es migración itinerante porque trabaja con el movimiento que es fuga y presente, gesto irrepetible e infinito que busca fijar en el cuerpo los sentidos de lo que fue y permanece. Las historias migrantes en la danza son historias de cuerpos que bailan para re-existir más allá del dominio del hoy para recordarnos que la memoria, el ritmo y la libertad siempre han sido las apuestas de los pueblos negros que bailan a pesar de los cielos fugaces surcados por las balas.

3 Natalia Orozco. Asociación Alambique. Tránsitos de Investigación en Danza. IDARTES. 2011.

Agradecimientos

Agradecimientos a Plural, especialmente a María Clara por creer en mi trabajo.

Jeniffer Fonseca

A Helenano de Patio por esa primera lata ferretera

A Ficti por su botella XXX de veneno y complicidad, y la T.T.T. crew

A Señor Ok por el miquismo

A NoxdontStop por el aguante y la complicidad

A cada uno de quienes paran a mirar, a pesar suyo, a este perro y lo sienten compañía, señal, misterio, advertencia, chambonada, o lo que quieran, también es de ustedes.

Cuidado perro triste

Agradecimientos a Tinder y al motel Mar azul.

Silvie Boutiq

Agradezco profundamente al bailarín amigo Yeison Moreno Córdoba, por su trabajo y por compartir su historia conmigo.

Carlos Correa

*Esta publicación
se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2025
y hace parte del programa
Migraciones 2025 de Plural,
con el apoyo del Programa Distrital
de Apoyos Concertados (PDAC) del
Instituto Distrital de
Patrimonio Cultural.*

*Esta edición reúne los textos
producidos durante la Fase III del
programa, como memoria y extensión
de un proceso colectivo de investigación
y creación.*

Seis textos recorren la ciudad y sus movimientos. Hablan de cuerpos que se desplazan, de objetos que cambian de lugar y de sentido.

Cada uno observa la fricción entre lo que se mueve y lo que permanece, entre lo íntimo y lo común.